

BIBIANA COLLADO CABRERA

Marcelino

Decires de un hombre

*No cantan, eso son fabulaciones
de la gente que nunca ha trabajado en el campo.
Son mentiras piadosas con barniz sensiblero
que inventan los artistas o los cursis,
si es que no son los mismos.
Supongo que lo que hacen las espigas
son cortes en las manos,
pero de las heridas que sangran no se habla.*

AMALIA BAUTISTA
«Canto de las espigas»

*Jo somiava els braços de carn teua
com dues branques de dolçor pregonà,
o com dos istmes de la llum quallada.*

MARIA BENEYTO
«Veu per a un fill no nat»

*Si en medio del camino te falta el aire
guarda fuerzas, mi amor, que esta noche hay baile.
Si quieres descansar, siéntate a mi vera
que tengo las piernas firmes, la piel morena.*

RODRIGO CUEVAS
«Allá arribita»

50. El chocolate

Si hubierais visto cómo sangraba, acucillada sobre el pasto y la piedra...

Algunas cabras la rodeaban como si intuyeran que el calor se le iba entre las piernas y acudieran a prestarle el suyo. Otras retrocedían para no chafar el duelo rojo que impregnaba la tierra. A mí me habían dicho que no debía estar allí, que un hombre corre a llamar a la partera y se aparta porque allí no pinta nada, porque eso es labor de mujeres, porque nosotros lo único que hacemos es estorbar. Pero no era la primera vez que pasaba. Yo ya lo sabía y ella también. Ella debía saberlo antes que yo, seguro. Ya había perdido a dos criaturas antes.

Hacía frío en lo alto de aquel cerro. Por suerte, la nieve del día anterior no había cuajado y pude bajar a toda prisa con la bicicleta por el sendero para llegar al cortijo donde vivía la Juana, que hacía de matrona en aquella majada y sus alrededores.

—¿Qué pasa, Marcelino?

—Se ha malogrado. Otra vez.

—¿Seguro?

—Quién sabe, pero yo creo que sí.

—Vamos.

—Que no se me muera, Juana.

Si hubierais visto cómo sangraba, entenderíais por qué tenía miedo a que se me muriera. ¿Sangrarán tanto las que paren chiquillos vivos?

Cuando la Josefina, mi cuñada, tuvo al Rafaelillo, las mujeres me sacaron rápidamente de la casa. Llévate a tu hermano, que no se ponga nervioso, me dijeron. Estas cosas llevan su tiempo. Ya os avisaremos, tú entreténlo. Podéis ir a buscar chocolate para dárselo a la parturienta cuando ya haya pasado, le vendrá bien. Nos vendrá bien a todas.

El futuro padre y yo salimos a tropicicones. Rafael, que siempre había sido el más hablador de la familia, el primero en juntarse con una muchacha, el que sabía lo que había que hacer, caminaba callado por la vereda sin tener claro a dónde ir. Pero confiaba, porque había escogido a una mujer como él, echada para delante, fuerte. Ella no había dudado ni un momento en decirle que se iba con él cuando se lo propuso, igual que no había dudado un segundo en arremangarse la primera noche. No había remilgos, sino ganas. Tenía que pasar lo que tenía que pasar. Igual que ahora. Quería acostarse con su hombre. Se sentía capaz y contenta por cumplir con el antiguo trabajo de hembras y varones. No fue fácil, pero tampoco difícil. Con el paso de los meses, fue descubriendo que también ella podía temblar. Para cuando empezó a pillarle el tranquillo, ya habían vuelto a la casa de nuestros padres, que con el tiempo sería la suya, y dormían en una habitación sin puerta, en un extremo de la vivienda, separados por una cortina tupida. Antoñito, el más pequeño de nosotros, nos contó una tarde que los había visto y que no entendía nada, que él pensaba que los machos montaban a las hembras —así lo hacían los animales que tenían en el corral—, pero que los había visto y ella le estaba montando a él, lo juraba por la Santísima Virgen de la Cabeza. Y sonreía —añadió—, os juro que ella no se quejaba, sino que sonreía.

Las Navidades siguientes se enteraron de que estaba encinta. Y entonces fue Antoñito el que sonrió, porque con la llegada del sobrino iba a dejar de ser el benjamín y se iba a convertir, por fin, en Antonio; pero también porque siempre pensó que a esa criatura la habían hecho el día en que él los vio, y que de una mujer que

sonríe solo puede nacer una persona buena. La verdad es que Antonio siguió siendo Antoñito a pesar del nacimiento del chiquillo. Con todo, su ilusión con el recién llegado fue tanta que, aunque era el tío más joven, lo eligieron padrino de Rafaelillo. Siempre adoró a ese niño. Toda la vida. Nueve años después, en su casamiento, fue al primero al que miró después de recibir las bendiciones del cura. Se giró, le guiñó un ojo a su ahijado y después se dio la vuelta otra vez para besar a Conchita, que también había sido la pequeña en su casa y que ahora era su mujer. No fue esa noche, porque ella estaba muy asustada, pero un tiempo después consiguió que sonriera. Esa había sido toda su obsesión desde el primer día: conseguir que ella sonriera con él dentro. Y sucedió y él sonrió también. Ese fue el día en que verdaderamente Antoñito y Conchita se convirtieron en Antonio y Concha.

Pero estaba yo hablando de cuando a Rafael y a mí nos echaron con cajas destempladas de la casa. Él, que siempre sabía lo que había que hacer, trastabilló de lo nervioso que estaba y casi se parte la barquilla contra la piedra en la que picábamos esparto de pequeños. Caminamos a paso ligero. Yo marchaba con ese silencio mío que tan nerviosa ponía a mi madre y que tan nerviosa pondría después a mi Encarna —no había dicho su nombre aún—. Él empezó a cantar coplillas por no saber qué decir. En algún momento sonrió también y pareció que se calmaba. Debió de pensar en que la Josefina era mucha Josefina y en que le echaría arrojito como había hecho con todo, que se sacaría a la criatura de las entrañas con esa fuerza que ella tenía y que a él tanto le admiraba, que ella era la vida brotando entre las piedras, como manantial, y que por eso la había escogido.

Subimos, bajamos, llegamos al aljibe y volvimos. Había oscurecido. Faltaba todavía. Nos juntamos con otros hombres y esperamos en la entrada apoyados sobre la cal y los capazos. En algún momento de la noche salió una de ellas y dio un grito. ¡Rafaell!, tu mujer te ha hecho un hijo precioso. Espérate un poco a que lo apañemos todo y pasáis.

Una procesión de abrazos ligeros y palmadas fuertes convirtió en padre a mi hermano. Enhorabuena, muchacho, ahora sí que estás hecho un hombre. Y Rafael reía a carcajadas con la energía de lo que ha estado contenido muchas horas, con el orgullo de lo que se ha esperado tanto tiempo. El padre de la parturienta se apoyó en el portón y voceó hacia dentro de la casa. ¿Cómo está la Josefina? Era la primera hija que le criaba, y había pasado miedo. Aunque no lo hubiera dicho, no se había olvidado ni un segundo de la Francisca. Pobre hermanica suya, que se les había muerto pariendo. Madre y criatura echadas a perder. Qué pena más grande fue aquello. Dijeron que se le había atravesado dentro, que no hubo manera de sacársela, que se le pudrió en las entrañas. Aquello no fue un alumbramiento. Aquello fue la negrura. La cama estuvo rezumando sangre durante semanas. Sin asomar afuera, una voz le responde. Severino, su hija está bien, no padezca, dice que tiene hambre, menuda es la Josefina.

Cuando nos dejaron entrar, había un olor agrio en la habitación y una jofaina con restos de algo que no quisimos ver en una esquina. Alguien estaba llevándose un remolino de sábanas empapadicas. Mi cuñada estaba muy sudada, pero la tenían bien cubierta para que no viéramos el mal que le había hecho el Rafaelillo al nacer y para que no se destemplara ahora que ya había acabado el trabajo. La Josefina era fuerte, como ya os he dicho, alegre, dispuesta. Por eso, lo que más me impresionó fue el gesto de cansancio que le cruzaba la cara, como si los ojos llevaran siglos sin parpadear, como si la carne se le hubiera pegado a la calavera, una calavera para siempre ya de madre, porque de aquello ya no había vuelta atrás. La Josefina estaba cansada y ya no dejaría de estarlo nunca. Aun así, sonrió en cuanto entramos y de esa extenuación hondísima emergió una belleza nueva, radical. Rafael, mira qué chiquillo tan precioso te he hecho, que lo tiene todo, lo ha revisado mi madre de arriba a abajo. Está un poco azuloso, así como medio gris, pero eso es del esfuerzo, en un rato se le va, que me lo han dicho todas. Después me miró a mí. Marcelino, ¿dónde está el chocolate que ibais a traer? Aquí hay muchas muje-

res a las que convidar. No me había dado cuenta, pero tenía razón. Y cada vez llegaban más. Parecía que todas las zagalas de aquellos collados se estaban acercando a la casa. Se asomaban con miedo y con curiosidad, miraban con admiración a la primera de la cuadrilla de amigas que había cruzado la frontera. Algunas habían ayudado a parir a sus madres o a sus hermanas, pero la mayoría solo había visto a las ovejas. Traían caldo, traían pan, traían queso. Traían su risa de cascabel que repicaba una vez habían superado el susto primero. No sabían muy bien qué hacer y atendían a las instrucciones de las otras, las que ya habían pasado por eso. Unas se pusieron a limpiar; otras, a cocinar. Algunas se acurrucaron en el borde de la cama y, como sanjuanés, apoyaron su cabeza en los costados de la Josefina y le preguntaron bajito sobre el trance y le alabaron en alto al niño. Rafaelillo había nacido grande. Yo no sé cómo se lo había podido sacar de adentro, no paraba de pensarlo. En aquel entonces, apenas había palpado un poco entre las piernas a una moza del pueblo de abajo. Había intentado entrar en ella, pero había sido imposible. Ella decía que sí, pero su cuerpo decía que no. Yo para mí que ella pretendía que me la llevara, porque el padre le daba muy mala vida. Ella quería querer o eso me pareció a mí, pero la voluntad no es suficiente. Frente a lo difícil, el cuerpo se me desanimó pronto. Allí no había nada que hacer. Yo tuve vergüenza y creo que ella también. Yo, que nunca sé qué decir, supe menos esa noche. Al final, ella se volvió al baile sin que yo abriera la boca. Tuve temor durante días de lo que fuera diciendo de mí, pero era noble y la angustia de su casa no le daba para entretenerse en otros pensamientos. Cinco semanas después se marchó con un muchacho que trabajaba en el molino y se pusieron a vivir cerca de la ermita. La cuestión es que aquel surco templado y escondido me había parecido pequeño para que entrara un hombre, ¡cómo iba a salir un niño! Mi cabezota enredó una cosa con la otra y ya siempre me resultó difícil desligarlo. Unos meses después del parto, mientras trabajábamos el campo —cuántas vueltas le daba a todo en esas horas larguísimas— le pregunté a mi hermano si era

exactamente el mismo agujero. Rafael me miró con cara de sorpresa y asintió. Y cuando tienes relaciones ¿no piensas en la cabeza de Rafaelillo? Yo se lo dije serio. Sin embargo, pensaba que él se echaría a reír al escucharme, con esa carcajada cálida del que va por delante, del que sabe. Contra todo pronóstico, se quedó quieto un momento, reflexivo. La verdad es que sí, Marcelino, algunas veces lo pienso. Querría haber seguido preguntando, pero me venció la timidez.

Mi sobrino había nacido grande. Algunas mujeres se lo pasaban de brazo en brazo, apartaban el paño que lo resguardaba y bromeaban con el tamaño de la hombría de aquella criatura. Si el hijo ha salido así, ¿cómo será el padre? Reían con una comisura del labio más levantada que la otra y le guiñaban el ojo a mi hermano si se acercaba. Debe tenerte contenta, ¿verdad, Josefina? Una viuda torció el gesto y la melancolía le atravesó las entrañas. La voz de una de las abuelas emergió desde lo oculto del pañuelo que le cubría la cabeza y las reprobó sin firmeza por el comentario. Ellas reían más fuerte si se acercaban los hombres. Josefina, a esas alturas, dormitaba extenuada en medio del trajín de la habitación, aunque abría los ojos rápido si se dirigían a ella directamente. ¡Claro que me tiene contenta y más que me va a tener! Con la excusa de dejarla descansar, iban saliendo de la habitación y conversaban con nosotros. Algún noviazgo se fraguaría allí, seguro. Severino andaba ya más tranquilo, aunque sabía que todavía pueden pasarles cosas a las hembras después. Pero había mirado bien a su hija a la cara y su gesto no se parecía al que tenía la Francisca cuando le pasó lo que le pasó. Aliviado, nos invitaba a fumar y disfrutaba de ver a los jóvenes decir algún requiebro. La vida sigue, pensaría. Aún no se acaba el mundo.

La noche había sido larga y teníamos hambre, aunque casi no nos habíamos dado cuenta. Empezaron a sacar comida. Aquella mañana el desayuno se juntó con el almuerzo. Los que pudimos nos quedamos. Otros estuvieron un rato y se fueron a trabajar, qué remedio. Entre tajadas y chicharrones se emborronaban los sufrimientos del parto. La sangre se convertía en fiesta, como en la

matanza. Celebrábamos. Rafaelillo se había hartado a llorar y ahora dormía. Parece ser que le había costado mucho agarrarse al pecho, o que se agarraba pero no salía la leche. No lo sé bien porque ahí estábamos todos fuera. Solo sé que la hija mediana de Severino había salido a la puerta y nos había dicho que nos fuéramos preparando para ir a buscar a la Rosa, una moza recia y bien espabilada, que tenía dos criaturas pequeñas y un pecho tan hinchado de leche que nos causaba rubor mirarla. Antoñito preguntó si no podíamos arrimarle a Justina y que el niño se amorrara. Justina parecía reconocer a mi hermano cuando se le acercaba, era su oveja preferida y había parido pocos meses antes. No seas bruto, zagalico, le contestó mi prima Ángeles. Pero él no quedó conforme. Pues no lo entiendo ¡si todo son ubres! Ya no volvieron a decirnos nada, será que no hizo falta.

Ángeles tenía solo un par de años más que yo. Habíamos jugado mucho juntos antes de que nos pusieran a los dos a trabajar. Habíamos rodado cerro abajo, nos habíamos perdido durante horas infinitas entre almendros asombrosamente iguales pero diferentes, habíamos estado a punto de caer nos a un pozo, le habíamos dado unos sustos tremendos a la abuela Antonia, nos habían dado unas cuantas zurras a uno en presencia del otro. Pero la más grande me la dieron a mí cuando ella ya no estaba, y fue porque nos encontraron en la era, solos, recostados, riendo. Nos hacíamos cosquillas, nos dábamos pellizcos. Nos comparábamos el cuerpo. Parte por parte. Qué tienes tú. Qué tengo yo. Señalábamos con la punta del dedo. Quizá, en algún hueco, lo hundimos. No recuerdo. Nos olíamos. Eso sí lo recuerdo. Nos parecíamos. Los labios finos, la nariz indiscreta, los ojos asustadizos, la frente ancha. Cabezones, no de tozudos, sino de tener un cráneo ligeramente más grande de lo que se supone que tiene que ser. Altos, desmadejados, semejantes en las hechuras. Fuertes. Torpes. La edad nos iría acompasando las extremidades y dulcificando el sobresalto de la infancia. Éramos primos hermanos. Compartíamos raíces, no había duda. También nosotros éramos asombrosamente iguales pero diferentes, como

los almendros. Cuando nos vio su madre, una sombra espesa le cubrió la frente y la mirada. Cargaba un silencio negro, terroso. La carne seca pareció apretársele más todavía, y toda la tensión del mundo se le concentró en el brazo con el que cogió a su hija para llevársela. Yo me quedé allí quietecico un buen rato. Antes de que me animara a echar a andar hacia la casa, apareció mi padre y me cayeron gritos y palos en abundancia. Si lo pienso, aún me duelen. Sin embargo, fue la última vez. No volvió a pegarme así. Incluso diría que me trató mejor después de aquel día o que concentró su atención en mi hermano pequeño, como si yo ya me hubiera convertido en hombre a través de un rito que desconocía. Ahora que lo pienso, he dicho que la zurra más grande me la dieron a mí, pero ¿qué le hicieron a Ángeles cuando se la llevaron? ¿Por qué nunca le pregunté?

A pesar de todo, tampoco se acabó el mundo aquella vez. No nos prohibieron nada. Seguimos jugando, aunque con más cuidado. Eso sí, no volvimos a olernos. Tampoco quisimos, creo. Y el episodio quedó en una anécdota que algunas noches de verano, a la fresca, sacaban a relucir nuestros padres. A ver si acabamos siendo consuegros, decían entre risas. Y creo que, a medida que iban pasando los años, les fue entrando pena de que no resultara así.

Nos acompañábamos, nos cuidábamos, nos protegíamos. Existía un hilico de cariño especial que no se nos rompía. Nunca hubo dudas. No serían consuegros. Ella no me contó, cómo me iba a contar, pero el tiempo pasaba. La rondaron varios mozos. No hizo demasiado caso a ninguno. Se le fueron casando las hermanas. Se le fueron casando las amigas. Todas, menos la Dolores.

Yo no entendía de aquello, pero de alguna manera entendí. A Ángeles lo que le gustaba era estar con la Dolores. Primero hacían por coincidir cuando iban a por agua a lo alto o cuando bajaban al lavadero. Empezaron a trabajar a la par, vareando entre aquellos peñascos, con los faldones largos, comiendo bien arrimadas sobre una piedra, acompañándose la una a la otra a orinar. Después se

juntaban para coser junto al fuego en invierno o en el portón en verano, fuera en la casa de una o de la otra.

Ángeles se quedó sola con sus padres, atendiéndoles. No era la pequeña, pero así lo quiso para no casarse. Y la Dolores cada vez pasaba más tiempo allí, ayudándola a amasar el pan o dando de comer a los animales. Algún día se le hacía tarde y se quedaba a dormir. Nadie parecía darse cuenta. Pasaba el tiempo. Primero faltó mi tío y la Dolores empezó a pasar más noches. Cada vez vivía menos gente por aquellos lares, todos se iban bajando al pueblo. Cuando murió mi tía, ya prácticamente estaba establecida allí. Unos días después de enterrarla, la Encarna y yo pasamos para ver si mi prima estaba bien, si necesitaba algo. El hilico no se había roto. Nos recibieron juntas. Que si queríamos un café. No hace falta, de verdad. Nos lo pusieron igual y unos dulces también. Comed vosotros, que nosotras no tenemos hambre. Se sentaron por fin, una junto a la otra en un estrecho sofá. Con las piernas juntas, sin cruzar, como estudiantes de escuela. Nosotros, enfrente, en torno a la mesa. No tengas pena, Ángeles. Ya ha descansado y tú también. Si te hace falta cualquier cosa, dínoslo. Cogí un pedazo de bizcocho y lo noté duro, pero estaba rico. Lo recuerdo perfectamente, no sé por qué. Muchas gracias, Marcelino. Estamos bien. Cogió aire. De verdad, estamos bien. Mientras lo decía, mi prima apoyó su mano en la rodilla de la Dolores. Casi sin darme cuenta, yo apoyé la mano en la rodilla de mi Encarna. Ya estaba. Desde entonces, la Dolores fue ya siempre su Dolores.

Pero eso fue mucho tiempo después. El día en que mi cuñada trajo al mundo al Rafaelillo, ninguno de nosotros se imaginaba que ya andaban viéndose a escondidas y que se comparaban los cuerpos, como habíamos hecho nosotros años atrás. Qué tienes tú. Qué tengo también yo. Apenas intuía nada, aunque el verano anterior las había visto juntas alguna mañana cogiendo higos chumbos temprano para no clavarle las punchas, y juraría también que ese invierno habían bajado solas al mercado del pueblo más de una vez. La Dolores era mayor que mi prima. Había tenido un novio que vivía muy lejos.

Se decía que lo había escogido de tan lejos para verlo poco. Se lo quitó de encima cuando empezaron a apretarle para que se casara. Que no eran buenos los noviazgos tan largos. Que se le iba a secar la matriz y seca no la iban a querer. Que el Eusebio era un trozo de pan, pero se iba a cansar de tanta espera. Y se cansó. O lo echó ella. O yo no sé qué pasó. Un día dejó de venir a verla. Dos años después se casó con la Pilar, la de la rambla. La Dolores ya no volvió a tener otro novio.

Después de decirle a Antoñito lo bruto que era por proponer que amorraran al chiquillo a las tetas de la oveja Justina, mi prima desapareció. La verdad es que a mí no me había parecido tan descabellada la idea. Juraría que, siendo yo un crío, había visto al tío Juan enganchado directamente a alguna ubre en más de una ocasión. Pero igual me lo estaba inventando. Un rato después, alguien me pidió que me asomara al corral para echarles un vistazo a los animales. Con el trajín paridero y la jarana nadie se había acordado de ellos. Yo lo agradecí porque, aunque me gustaba participar de la alegría, mi naturaleza callada me hacía sentir raro cuando pasaba tanto tiempo rodeado de muchas personas. Me pasaba el rato pensando qué decir y a quién. Y eso, a veces, no me dejaba estar tranquilo. Así que me venía bien apartarme un poco.

En el momento en el que entré, no la distinguí. Hasta que necesité un cubo y la descubrí en la caseta de los aperos. Ángeles lloraba sin hacer ruido. Yo no debía estar allí y me sentí mal por haberla descubierto. Moví un poco la barbilla hacia adelante y le pregunté con los ojos qué quería que hiciera. Ella seguía sin emitir sonido, pero su carica entera era un gesto de pena, se le contraía toda como aguantando alguna fuerza invisible. Yo no he visto lagrimones tan gordos como los de mi prima ese día, formándole dos regueros doientes que en algún momento venían a confluir con la agüilla que le salía de las narices. Qué pasa, Ángeles. Por qué estás tan disgustada. Qué te duele. La agarré fuerte del brazo, como si quisiera sacarla de alguna parte, pero solo quería que me notara. Es que no sabía cómo

tocarla para aliviarla. ¿Por qué no estaba contenta por el Rafael y la Josefina, si ella los quería mucho también? Empezó a jadear bajito, como queriendo abrir la compuerta de sí misma. Era un ahogarse blando, le faltaba el aire. Hice el amago de ir a buscar a alguien y ella dijo que no con la cabeza, se vino hacia adelante y se apoyó en mí. Yo no supe abrazarla. Debería haberla abrazado, supongo, pero no supe. Me dolieron los palos que me había dado mi padre después de la era. Me dolieron en la cabeza y en las manos y me dio miedo cobi-jarla con mi cuerpo. No tengo daño, Marcelino, tengo amargura. Me crece una tristeza de alambre alrededor de las caderas, me separa el mundo de ellas. Yo nunca tendré esta fiesta. Yo no seré nunca madre, primico. Yo no estoy hecha para engendrar con un varón.

No nos habían enseñado a preguntar, y menos a las mujeres, así que no pregunté. Yo sabía algo de las sangres de cada mes por las habladurías de las viejas. Siendo yo todavía niño, les había oído contar que un muchacho que vivía más allá del cabezo había vuelto a la casa de sus suegros dos semanas después de casado con intención de devolver a su mujer porque había descubierto que se la habían dado rota. Ni el zagal sabía qué era aquello ni la jovencísima esposa supo explicarle. Se reían al contarlo. Nosotros, pequeños, no entendíamos por qué. Mi madre andaba faenando de un lado a otro. Parecía que no estaba escuchando. Sin embargo, cuando aquellas mujeres se fueron cada una a su casa, me metió de una brazada en la cocina y bajito me dijo que las mozas y las casadas echan sangre una vez al mes, ni las niñas ni las viejas, solo las que tienen edad para dormir con un hombre. Esa sangre es la responsable de que puedan tener familia. Si una hembra no sangra, no puede ser madre. Y punto. Se giró y continuó los mil quehaceres que estaba sacando adelante. Yo me quedé pensando por dónde echan la sangre. Imaginé que debía ser por el ombligo. Un par de años después, un día de siega, cambié de opinión. El sol apretaba y almorzábamos sentados sobre unos pedruscos para coger fuerza y seguir otro rato. Las mujeres se arremangaban los largos faldones para que corriera el aire. Tenían

las pantorrillas llenas de arañazos. Estaban sentadas con las patas abiertas, como nosotros. El cansancio era tan grande que no había espacio para el pudor de ellas ni para las bromas de ellos. La brutalidad del trabajo borraba las diferencias. Yo no hablaba porque todavía no era un hombre y había que respetar el decir de los mayores, aunque aquel día decían poco. Entonces me di cuenta de que por las piernas de la Serafina resbalaba un hilo de sangre oscura. No podía quitar el ojo de aquel surco que corría hacia el tobillo. Ni ella ni nadie parecía enterarse. Al rato vi que un cuajillo, como un grumo brillante, estaba a punto de alcanzarle la alpargata izquierda. Solo entonces reaccionó y se lo quitó de un manotazo, como quien se deshace de una mosca. Después de eso se levantó y se apartó para aliviar la vejiga donde no se la viera mucho. Me acordé de lo que me había dicho mi madre y rectifiqué mi pensar. Debía ser que la sangre no les sale por el ombligo, sino por el mismo sitio por el que orinan.

En el cuarto de los aperos cavilaba yo sobre lo que me había dicho Ángeles. Sería que no tenía la sangre y por eso no podía quedarse en estado. O sería que no quería casarse y pensaba que los chiquillos solo se podían hacer dentro del matrimonio. O se había asustado al ver tan grande al Rafaelillo y pensaba que a ella no le cabría uno así. O quizá estaba enferma. Pero la había visto llegar esa madrugada a la casa con tanta energía, tanta fuerza, que no podía estar mala. Yo estaba allí, sin decir nada porque qué le iba a decir. Pensaba que ojalá pudiera quitarle esa pena de algún modo, cargar yo un poco de esa amargura para aliviarla, para que volviera a la parte delantera de la casa y mojara pan en el chocolate y se regocijara con las otras. Estuve allí, qué otra cosa podía hacer. Maldito dolor del habla. Esa sensación de estirar el brazo y no llegar a la balda de las palabras. Ahí estuvo toda la presencia mía para que Ángeles se dejara caer en mí. Ojalá lo entendiera.

Un tiempo después, quién sabe cuánto, se fue serenando. Ven-ga, vamos otra vez donde están los demás, Marcelino. Van a pensar que nos hemos fugado. Salió ella delante y yo detrás. En ese espacio

corto que nos separaba del resto, observé la transfiguración de mi prima. Para cuando le preguntamos al Severino si habían sacado ya el chocolate, no quedaba ni rastro de humedad en su cara. Sonreía con los ojos, los hoyuelos se le hundían acogedores, la voz le sonaba enérgica. Entró de nuevo a la habitación y yo la seguí.

Qué guapa estaba mi cuñada recién parida. Perdonad que insista. Pero qué guapa estaba. Me duele en el alma decir que me hubiera gustado ver a mi Encarna así, exhausta y preciosa, dando de mamar a un zagalico nuestro. Me duele porque mi Encarna no llegó a parir. Tres veces estuvo esperando. Tres criaturas que se malograron. Si hubierais visto cómo sangraba.

49. El reguerillo

Con la preñez, los ojos se le habían vuelto de agua como si fueran la superficie de un estanque que le crecía dentro. Eso pensé la primera vez que mi Encarna se quedó en estado. Me pregunté a mí mismo si no la habría inundado, pero cómo la iba a anegar con la de hueco que debía de tener una mujer por dentro. No sé cómo se me ocurrían esas cosas.

Durante mucho tiempo me había atormentado justo lo contrario: que nada de mí se le quedara en el interior. Al principio, tenía tanta hambre y tanto miedo de ella que no me daba cuenta. Quería llenarle el cuerpo y la vida. Ser suficiente. Compensarle ese silencio seco en el que me encallaba tantas veces. Deseaba que estuviera orgullosa de su marido, que le valiera la pena, que aquel mozo con el que estaba ennoviada cuando pasó lo que pasó no se le prendiera en las entrañas al recordarlo. Ansiaba acabar tan dentro como la carne me permitiese. Darle a ella. Ser hombre en ella.

Por eso las primeras veces no me fijé en cómo le resbalaba aquel líquido por los muslos cuando yo me separaba. Hasta que un día Encarna cogió una esquina de la sábana y la pasó entre sus piernas, y los hilos rosados con los que estaba bordada la cenefa se cubrieron de agua y grumos. ¿No se le tendría que quedar aquello en el interior? ¿Cuánto de mí se le escapaba? ¿No era capaz yo de llegarle verdaderamente a los centros?

Pensé que quizá ella sabría. Pero no. Después consideré preguntarle a mi hermano Rafael y temí la burla. Incluso me planteé

Índice

- 50. El chocolate, 9
- 49. El reguerillo, 22
- 48. La cisterna, 33
- 47. La romería, 43
- 46. La alpargata, 48
- 45. El péndulo, 54
- 44. El cordel, 58
- 43. La boda, 63
- 42. El hoyo, 68
- 41. La espina, 72
- 40. La spin, 74
- 39. La procesión, 76
- 38. El baile, 80
- 37. Encarnaencarn, 82
- 36. El registro, 83
- 35. El paño, 87
- 34. La rabia, 88
- 33. El decir, 90
- 32. El enfado, 91
- 31. La Marta, 93

30. El loco, 96
29. La sangre, 97
28. La obcecación, 104
27. El hospital, 106
26. Sin hijo. Conmigo, 108
25. La pena, 109
24. Conmigo. Sin hijo, 111
23. La fiereza, 112
22. La silla, 113
21. La dfeeslgircaicdiaad, 114
20. La visita, 115
19. Los pellejicos, 117
18. El cascanueces, 119
17. El fotógrafo, 120
16. El tabique, 123
15. El arreglillo, 126
14. El ambulatorio, 128
13. La cápsula, 131
12. El poeta, 133
11. El cansancio, 135
10. Las manos, 136
9. Los pensamientos, 137
8. El hueco, 138
7. El habla, 139
6. Los espejos, 140
5. El aseo, 142
4. La petición, 143

3. Los asentimientos, 144
2. Lo nuestro, 145
1. Cuatro besos, 147
- o., 149